

Y si al final no fuésemos capaces de defenderla, dispersar nuestras fuerzas en grupos más pequeños, en condiciones de comenzar de nuevo la guerra de movimientos de los primeros tiempos.

En línea con esa estrategia decidí esa noche orientar al Che que moviera el personal de la columna de Crescencio hacia el firme de la Maestra, más acá de La Habanita, incluidos los grupos estacionados en El Macho y El Macío, al oeste del sector central de la ofensiva enemiga por el Sur, con el propósito de irlos reagrupando para crear líneas de defensa más cohesionadas.

En el caso específico de que las Vegas fuese ocupada por el enemigo al día siguiente, el personal encargado de la defensa de su acceso debía ser distribuido por todos los puntos que permitieran contener el ulterior avance de esa tropa en dirección al firme de la Maestra a la altura de Mompié, en particular a la zona conocida como Minas del Infierno, la vía natural de acceso a Mompié desde las Vegas.

En el mensaje que le envié con estas instrucciones, le insistía una vez más al Che en la concepción básica del plan:

Mientras quede una esperanza de mantener el territorio de la Plata, no debemos variar la estrategia.

El problema esencial es que no tenemos hombres suficientes para defender una zona tan amplia. Debemos intentar la defensa reconcentrándonos antes de lanzarnos de nuevo a la acción irregular.

Al amanecer del viernes 20 de junio, los guardias, en efecto, reemprendieron el avance en dirección a las Vegas.

Después de una débil y breve resistencia, los combatientes rebeldes comenzaron a retirarse de la loma de El Desayuno. Al mediodía ya habían rebasado en su retirada las últimas casas de las Vegas y se habían detenido en la subida hacia Minas del Infierno. De esa manera dejaron el camino expedito para el enemigo, cuya vanguardia entró en las Vegas en las primeras horas de la tarde casi sin disparar un tiro.

Era más que elocuente el tono del mensaje que recibí del Che esa tarde:

Hoy, como pocas veces en el transcurso de esta revolución, he recibido un golpe tan desesperante como este.

Después de hacer esfuerzos por cubrirle a Horacio el flanco izquierdo con dos fusiles, 4 granadas, mi presencia personal (y Miguel), para cubrir toda la loma que estaba a la izquierda de Horacio. Tranquilizado porque no dispararon ni un tiro en la tarde y haciendo planes para rescatar hasta bombas, que, según versiones quedaron enterradas, cuando consigo articular una línea de defensa y me dispongo a bajar a las Vegas, me alcanza una nota de Sorí que me anuncia que ya no hay ser viviente en este lugar y que Horacio se retiraba hacia Antonio el gallego [Antonio Morcate, vecino de Minas del Infierno] con su gente.

El Che concluía su mensaje con este toque de ironía, tan característico en él:

Debo decirte que en estos dos días no se han disparado tiros. Tu orden de ahorrar tiros se ha cumplido al máximo.

La información que yo había ido recibiendo de las Vegas justificaba plenamente esta evaluación del Che. Antes de recibir su mensaje en La Plata, donde permanecí esos dos días al tanto de los acontecimientos que se desarrollaban simultáneamente en los tres sectores de la batalla, le había mandado una notica a Celia, quien se mantenía en Mompié actuando como enlace, en la que, después de decirle que las noticias de las Vegas eran vergonzosas y decepcionantes, le indicaba lo siguiente:

Comunícale al Che, orden mía, investigar lo ocurrido, desarmar a todo el que haya incurrido en un acto de cobardía y enviar muchachos de la escuela a ocupar esos fusiles.

Enviarme detenido al responsable de la pérdida del detonador, cable y bomba y cualquier otra atrocidad por el estilo, y comunicarle a Horacio la orden de resistir metro a metro el terreno que quede de las Vegas con los hombres que tenga.

A esa hora todavía yo ignoraba que ya no era posible hacer resistencia alguna porque las Vegas había sido virtualmente abandonada al

enemigo, aunque estaba ya convencido de que los guardias lograrían su objetivo. Por eso le pedí a Celia en ese mismo mensaje que ordenara a Aguilera comenzar a fortificar con buenas trincheras Minas del Infierno y el camino que subía por ellas hacia el firme de la Maestra, que, como ya dije, era la ruta más probable del enemigo en caso de que decidiera proseguir su penetración.

En el mismo amargo mensaje que el Che me había enviado en la tarde de ese día, al comprobar el virtual abandono por parte de nuestras fuerzas de las Vegas de Jibacoa, me pedía instrucciones precisas sobre qué hacer en los casos de la escuela de Minas de Frío, las posiciones de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia en el camino de San Lorenzo; las de Alfonso Zayas en la zona de El Jíbaro y las del personal de Crescencio Pérez. Y agregaba, con acertada valoración de la situación de conjunto en el sector:

Hay que considerar ahora la cantidad de caminos a defender. Yo no tengo armas para hacerlos si alguna de esa gente no me ayuda. Sacaré nuevamente de los claustros las escopetas y veremos. [...] Yo permaneceré en casa de José Isaac hasta recibir contestación y órdenes explícitas, y si a las 5 de la mañana [del día 21] no las he recibido, hago lo que crea conveniente, según las circunstancias.

Tras recibir el mensaje del Che, le pedí inicialmente por teléfono a Celia que, en respuesta a su petición de instrucciones, le comunicara las siguientes decisiones: primero, trasladar al personal de Raúl Castro Mercader y de Angelito Verdecia hacia Minas del Infierno y la subida de Mompié para que se hicieran cargo de la defensa de ese acceso; segundo, subordinar a ellos el personal de Horacio y el que era de Lara; tercero, cubrir con personal de la Columna 7 las posiciones que estaban ocupando aquellos dos capitanes en el camino de San Lorenzo; cuarto, informarle que yo bajaría a la nueva línea defensiva para redistribuir las armas de la gente de Horacio y de Lara entre un refuerzo de 10 buenos reclutas de la escuela, que el Che debía enviar a ese lugar, más otros cinco hombres del pelotón de Jaime Vega que llevaría conmigo para allá. Vega se había incorporado pocos días antes a nosotros, con un grupo de combatientes de la provincia de Camagüey.

En definitiva, como ya expliqué antes, mi intención había sido siempre que el Che se hiciese cargo, si las circunstancias lo exigían, de la defensa del sector más occidental de nuestro frente. Así se lo hice saber expresamente esa misma noche en un segundo mensaje en que le indicaba que se ocupara de la defensa de la Maestra desde Purgatorio hasta Mompié, incluidas Minas de Frío. Debo decir que durante todas las semanas de preparación de la defensa de nuestro territorio, en previsión de la ofensiva enemiga, y durante el desarrollo de ella hasta ese momento, el Che había fungido, de hecho, como segundo jefe del frente. En los archivos se conservan decenas de mensajes intercambiados entre los dos en los que, por mi parte, no solo le daba indicaciones acerca de qué hacer en el sector a su cargo, sino también, lo mantenía informado de los acontecimientos en los otros sectores y él, por su parte, me informaba de las medidas que tomaba y del cumplimiento de mis instrucciones; además, me hacía proposiciones y me daba noticias sobre lo que ocurría.

La decisión tomada, en relación con el traslado hacia Minas del Infierno y Mompié de los grupos de Raúl Castro Mercader y Angelito Verdecia, tuvo que ser revisada casi de inmediato por la evolución de los acontecimientos a partir del 21 de junio.

Ese día, Horacio había pedido el envío de Luis Crespo para que lo auxiliara en el mando de su personal, ya que tenía una pierna en malas condiciones y no podía moverse. En mensaje a Celia trató de explicar lo ocurrido, argumentó que su actuación no se debió ni a cobardía ni a falta de decisión, y expresaba que había dado a sus hombres la orden de no retirarse hasta que en cada emboscada se le hicieran dos o tres bajas al enemigo. Esto último era indicio de que, a estas alturas, todavía Horacio no había entendido la esencia de nuestra conducta frente a la ofensiva lanzada por los guardias, que no era otra que resistir a toda costa.

Por eso, al día siguiente, le comuniqué a Horacio su sustitución por Crespo, al mando del personal de Minas del Infierno. Hasta ese momento, el capitán Luis Crespo había estado a cargo de la fábrica de minas que establecimos en El Naranjo,

a poca distancia de Santo Domingo. Esa instalación había tenido que ser desmantelada y evacuada en vista de la ocupación del lugar por el batallón de Sánchez Mosquera.

Es bueno aclarar que Horacio Rodríguez demostró después sus condiciones de combatiente y jefe guerrillero. Fue precisamente su arrojo la causa de su muerte en Manzanillo, al día siguiente del triunfo revolucionario, cuando se disponía a capturar a varios esbirros de la tiranía que hasta ese momento habían logrado evadir el arresto. Pero su actuación en las Vegas de Jibacoa fue realmente desafortunada.

Ese mismo día 22 de junio se retiraron de las Vegas de Jibacoa, de regreso a Las Mercedes, las fuerzas del Batallón 17 que habían participado en la captura de esta posición, metida de lleno en la montaña y dentro de nuestro territorio. Quedaron allí las tres compañías del Batallón 19, las cuales establecieron su campamento en la parte baja del valle y en las alturas más pequeñas y cercanas al río.

La relativamente fácil ocupación de las Vegas de Jibacoa fue un revés significativo para nuestros planes de contención y rechazo de la ofensiva enemiga. En primer orden, se trataba de un lugar que había sido una base importante de operaciones para nosotros. Allí había establecido yo, en varias ocasiones, la Comandancia. Desde ese sitio operó Celia durante muchas semanas en su activa y vital labor de aseguramiento general del esfuerzo guerrillero. Contábamos, además, con la colaboración unánime de todos los pobladores campesinos. Allí efectuamos, el mismo día del inicio de la ofensiva en la zona de Las Mercedes, la primera asamblea campesina en la Sierra Maestra. Las Vegas de Jibacoa era un lugar, hasta cierto punto, simbólico de nuestra lucha.

En segundo orden, no podía desconocerse la significación estratégica de esa posición por su ubicación al pie de la Maestra, en el centro mismo del sector noroccidental de la zona de operaciones de la Columna 1. La posibilidad de acceso a las Vegas de medios mecanizados por el camino de carros de Las Mercedes, permitía al enemigo mantener un apoyo logístico fácil a la tropa estacionada allí, que a su vez se encontraba, teóricamente, en condiciones de emprender acciones ofensivas ulteriores en varias direcciones a lo largo de los caminos que subían desde el valle hacia diversos puntos del firme de la Maestra, entre ellos, lugares tan vitales como Minas de Frío y Mompié.

Pero tal vez la significación mayor de la ocupación de las Vegas de Jibacoa fue su impacto moral en el mando y las tropas enemigas. La escasa resistencia encontrada en la defensa de un lugar tan estratégico, y el rápido logro del objetivo perseguido, sirvieron, junto con el éxito favorable en la operación de ocupar Santo Domingo, para contrarrestar en el enemigo el efecto del revés sufrido el propio día 20 por el Batallón 18 en el sector meridional, y para crear la ilusión de que la batalla contra el Ejército Rebelde podía ser ganada con relativa facilidad. Si bien —como los hechos posteriores demostraron— este factor creaba también una engañosa sensación de confianza que podía llevar al enemigo a cometer errores de apreciación o actuación, de consecuencias potencialmente peligrosas para sus propósitos; no era menos cierto que después de los resultados en Santo Domingo y las Vegas de Jibacoa la moral del enemigo experimentó un alza momentánea, lo cual podía traducirse en una mayor iniciativa y una conducta más agresiva de su parte.

Todos estos elementos tenían que tomarse en cuenta en nuestra valoración de la situación operativa general después del 20 de junio, y las medidas que debíamos adoptar. Con el enemigo en Santo Domingo, al pie del firme de la Maestra en La Plata, y subiendo por el río La Plata en dirección a ese lugar, la presencia de los guardias en las Vegas pasaba en realidad a un segundo plano de prioridad. La táctica a seguir en este caso era procurar que no dieran un paso más, es decir, contenerlos y, para lograrlo, utilizar las fuerzas estrictamente necesarias. Ya llegaría el momento de proceder en su contra como, en efecto, llegó.

(Continuará)